

como se sabe, los misterios transformativos que experimenta la mujer en su propio cuerpo son: la menstruación, la fecundidad y la lactancia (todos relacionados con la sangre). Ahora bien, en dos lugares del texto vemos la llegada de un viento fatal y misterioso llamado «el viento de la desgracia». Este viento mágico ocurre en la frase inicial del discurso (p. 97), y en el momento en que Eréndira resuelve fugarse con Ulises (p. 137). Tal viento, sobre todo en el matriarcado, simboliza el principio generativo, mágico, transpersonal y asexual mediante el cual la Doncella o Virgen se convierte en Madre, independientemente de sus relaciones sexuales, las cuales no estaban asociadas a la fecundación. En realidad, en esta etapa, la fecundidad se explica por el principio transformativo de la sangre; esto es, ocurre al suspenderse el flujo de sangre de la menstruación, y de ahí el contenido sangriento de los sacrificios a la Madre Tierra en los inicios de la agricultura. Al convertirse la niña en doncella, a través de la menstruación, se lograba la única condición para que deviniera en madre, lo cual explica los rituales de iniciación femenina en las diferentes culturas de la humanidad.

Retornando al texto de García Márquez, vemos que la llegada del viento mágico tiene por resultado inmediato el incendio de la mansión: «Poco después, el viento de su desgracia se metió en el dormitorio como una manada de perros y volcó el candelabro contra las cortinas» (p. 102). Ahora bien, en esta etapa, la doncella es «la portadora del fuego», de la antorcha de Hécate, la Diosa Lunar, cuyo fuego simboliza el hijo potencial, el sol nocturno o inferior. De manera que cuando Eréndira es visitada en la noche por el viento mágico, el cual irrumpe como una manada de perros, animales de Hécate, se puede presumir que ha experimentado su primera menstruación. Esto se corresponde con la edad y el desarrollo físico de Eréndira («téticas de perra»), y queda corroborado al marcar el fuego no sólo la destrucción de la casa de su niñez, sino también el inicio de su prostitución sagrada en calidad de sacrificio a la Diosa Terrible. Así vemos que, inmediatamente después del incendio, la Abuela la conduce al «matrimonio de muerte», el desfloramiento ritual que reproduce la unión de Perséfone-Core con Hades. El espacio donde se lleva a cabo el desfloramiento pertenece al mundo de las profundidades. Este mundo, primigeniamente acuático, se superpone en el texto al del desierto:

Colgada entre dos pilares, agitándose como *la vela suelta de un balandro al garete*, había una hamaca sin color. Por encima del silbido de la tormenta y *los ramalazos del agua* se oían gritos lejanos... *voces de naufragio*. Ella le resistió... y él le respondió con una bofetada solemne que... *la hizo flotar* un instante... con *el largo cabello de medusa ondulando* en el vacío... Eréndira... se quedó como fascinada con *las franjas de luna de un pescado que pasó navegando* (p. 105).

Este escenario caótico es una constante del texto:

Fue una tormenta tan terrible que *la lluvia vino revuelta con agua del mar*, y *la casa amaneció llena de pescados y caracoles*, y tu abuelo Amadís... *vio una mantarraya luminosa navegando* por el aire (p. 117).

O bien, véase el siguiente diálogo entre Ulises y Eréndira:

- Mi mamá dice que los que se mueren en el desierto no van al cielo sino al mar —dijo Ulises.
- No conozco el mar.
- Es como el desierto, pero con agua —dijo Ulises...
- ¿Cómo es que te llamas?
- Ulises.

—Es nombre de gringo —dijo Eréndira.

—No, de navegante (pp. 117-118).

Esta conciliación desierto/mar es propia del Uroboros, donde los opuestos no originan tensiones. Por eso Ulises llama a Eréndira disponiendo las letras de su nombre al revés, es decir, «Arídnere» (p. 135). Se está en un plano circular e indiferenciado donde el reverso es el anverso, y el antónimo se hace sinónimo.

La segunda aparición del viento mágico ocurre cuando Eréndira va a ser raptada por Ulises, quien ahora viene provisto de las preciosas naranjas de su padre y de una pistola arcaica. El simbolismo fálico de estos objetos es más que evidente, pero a eso hay que agregar que las naranjas encierran diamantes, la luz del Padre Divino, y que Ulises, a modo de señal secreta para llamar a Eréndira a su lado, imita el canto de la lechuza, animal que por su forma uterina propicia la preñez en la antigua tradición. De manera que la fecundación de Eréndira por el falo solar, superior y mágico (el viento misterioso), es subrayada por los atributos fálicos con que reaparece Ulises, los cuales reafirman el significado de la fecundidad. Cuando el joven le dice a Eréndira que su piel está color de naranja, y la muchacha comprueba que «en efecto las naranjas tenían su color» (p. 135), se enfatiza la idea de que Eréndira, completamente desnuda, esta siendo bañada por la dorada luminosidad de las naranjas solares.

Poco después se produce la huida de Eréndira con Ulises, es decir, el rapto. No obstante, no se debe llegar a la conclusión de que el principio divino de lo Masculino ha pasado al vientre de Eréndira por vía de Ulises. La preñez de Eréndira, como se ha dicho, ha sido generada por el viento mágico. En realidad, los atributos fálico-solares que porta Ulises no le pertenecen en propiedad. Esto queda demostrado por las siguientes razones: 1) Ulises ha robado las naranjas del huerto de su padre; 2) ha abandonado el hogar bajo las amenazas de su madre; 3) el padre lo persigue y lo captura frustrando el rapto; 4) la pistola que ha tomado Ulises no dispara; 5) es separado de Eréndira y conducido por su padre al hogar.

De todo esto se concluye que Ulises es sólo el padre personal y terreno del futuro hijo de Eréndira, pues los símbolos generativos superiores no son suyos. Ulises ha robado el fuego de los dioses, y éste, en sus manos, se hace inservible a los efectos de transmitir la luz trascendental. Esto le corresponde sólo al viento mágico. Es justamente esta soledad de Ulises, esta falta de auxilio del Padre Divino, siempre presente en el verdadero Héroe, lo que explica su castración al matar a la Abuela-Dragón. Ha querido matarla «sin ayuda de nadie», y ahora paga el precio de su osadía. Las palabras con que lo ha despedido el padre (el Gran Padre) son terribles: «Pero te advierto una cosa: a dondequiera que vayas te perseguirá la maldición de tu padre» (p. 151). Al no contar con el sostén decisivo de los Espíritus Superiores, carece de las fuerzas imprescindibles para obtener una victoria total, un triunfo que le permita elevarse junto con Eréndira fuera del ámbito del Uroboros. Esto lo sabe perfectamente su padre, quien luego de la partida comenta con su mujer: «Ya volverá... apaleado por la vida, más pronto de lo que tú crees» (p. 151). En resumen, de todo esto se deriva que el nuevo Héroe que lleva Eréndira en su vientre tiene por padre asexual al viento mágico, y por padre biológico y mortal a Ulises, doble paternidad que es propia del Héroe verdadero y que garantiza su superioridad entre los hombres.

Pero si bien Ulises retorna al Uroboros, Eréndira logra escapar del mundo de las tinieblas del inconsciente. Así vemos que, muerta la Abuela-Dragón, «su rostro adquirió de golpe toda la madurez de persona mayor que no le habían dado sus veinte años de infortunio» (p. 162). La frase es en extremo elocuente, pues plasma el paso de la belleza perfecta de la muerte (la belleza detenida de Bella Durmiente y de Blanca Nieves) a la madurez vital del ego. Con anterioridad, se ha visto en el texto que la Abuela arreglaba a Eréndira «con un estilo de belleza sepulcral» (p. 109), y que al prostituirse ceremonialmente, la muchacha yacía «acostada en la estera con sus afeites póstumos y un traje de cenefas moradas» (p. 110). A continuación, se describe su ascenso desde la muerte, su liberación del inconsciente:

Con movimientos rápidos y precisos, cogió el chaleco de oro y salió de la carpa... Iba corriendo contra el viento, más veloz que un venado, y ninguna voz de este mundo la podía detener. Pasó corriendo sin volver la cabeza por el vapor ardiente de los charcos de salitre, por los cráteres de talco, por el sopor de los palafitos, hasta que se acabaron las ciencias naturales del mar y empezó el desierto (pp. 162-163).

Obsérvese el paisaje marino y lunar que atraviesa Eréndira en su carrera; son los reinos de la Diosa Terrible que van quedando atrás para siempre. Parecería que al correr hacia el desierto Eréndira desanda el camino ya transcurrido, pues allí se alzaba la morada de la Abuela-Dragón. Pero no es así. Ahora el mar y el desierto se han diferenciado propiamente, y al terminar uno empieza el otro. Las nociones de espacio y tiempo se reconstituyen fuera del mundo circular y perpetuo del Uroboros, y atrás quedan el estatismo de la muerte y «los atardeceres de nunca acabar» (p. 163). El texto concluye en este punto, aunque puede inferirse que Eréndira se esfuma en el desierto de la Goajira, el Oriente de Colombia, el sitio donde surge el sol y donde ha de nacer su Hijo Solar.

A primera vista podría suponerse que Ulises ha liberado a Eréndira, pero una lectura detenida del texto revela otra cosa:

Eréndira se rio por primera vez en mucho tiempo... Se había vuelto espontánea y locuaz, como si la inocencia de Ulises le hubiera cambiado no sólo el humor, sino también la índole. La abuela, a tan escasa distancia de la fatalidad, siguió hablando dormida... Pero Ulises no la oyó, porque Eréndira lo había querido tanto, y con tanta verdad, que lo volvió a querer por la mitad de su precio mientras la abuela deliraba, y lo siguió queriendo sin dinero hasta el amanecer (p. 119).

Se trata, pues, de una rebelión de Eréndira, de una ruptura del orden impuesto por la Abuela, de una transgresión a los votos hechos a la Diosa. Eréndira llega a entregarse a Ulises no ya como prostituta sagrada, sino por amor.

A continuación vemos a la Abuela perder por un tiempo su nefasto influjo sobre la muchacha, pues ésta es raptada por seis novicias de un convento que aparece en el camino del desierto. En el convento, Eréndira vive en castidad, como cualquiera de las tantas monjas. Es liberada transitoriamente del hechizo que la ata a la Abuela, y sale a flote por unos días, «descubriendo otras formas...» (p. 127). Cuando vuelve a ser atrapada por la Abuela, se somete de mala gana al destino impuesto (p. 149), al punto que intenta matarla con agua hirviendo, y sólo el azar impide entonces su auto-liberación. Al reaparecer Ulises, se ve claramente que es la muchacha quien domina la situación (pp. 153-157). Finalmente, cuando se lleva a cabo el combate, Eréndira observa la lucha con una «impavidez criminal» (p. 161). De modo que no hay duda de que ella es la